

CONOCER Y VIVIR LA BIBLIA



PEDRO I.
FRAILE

Palabra de Dios en mi vida

¿Por qué leer la Biblia? ¿Porque forma parte de nuestra cultura? ¿Porque forma parte de las grandes tradiciones religiosas? Estas dos respuestas se quedan cortas. Para el creyente de todos los tiempos, la Biblia no es sólo un libro fundamental de la cultura occidental ni un monumento de espiritualidad del ser humano. El creyente se reconoce en las narraciones bíblicas; se lee a sí mismo en los personajes que obedecen a Dios, que luchan con él o que se asombran ante su misterio entonando un canto de alabanza. Cuando la persona religiosa lee con ojos de fe la historia de Abrahán y ve cómo dejó todo sólo por una promesa, o cuando grita a Dios como Jeremías, o cuando duda en medio de los sufrimientos como Job, dice: «esta historia es mi historia». Yo quiero obedecer como Abrahán, yo lucho con Dios como Jacob, yo grito como Job y yo alabo al Señor con todos los salmistas. El reto para los creyentes no es, por tanto, incluir la Biblia en nuestra mochila como otro libro más. Es buena noticia de Dios para nosotros. Buena noticia que se anuncia en el Antiguo Testamento y que llega a su plenitud en el Nuevo.

*La palabra
de la Biblia
es palabra
verdadera
porque afecta
a lo esencial
del hombre y
de su misterio,
a su salvación.*

Abajo: Bendición
de Jacob a su hijo.
Izquierda: Marc
Chagall, sinagoga
de Hadassah.
Derecha: Miniatura
de Luigi Merati.

1. Esta historia es mi historia

Los cristianos leemos la Biblia y le damos la categoría de «palabra de Dios». Con ello queremos decir que no es «una palabra más», por bella e interesante que sea, de las muchas que hay. Hablan los sabios, los científicos, los poetas, las personas religiosas... pero a ninguna le damos este título.

Para los creyentes se trata de una «palabra con autoridad» (viene de Dios) y «autorizada» para que sea «norma» de nuestra vida. A mí me puede gustar un poema de Antonio Machado, o un libro religioso de Anthony de Mello. Son buenos, beneficiosos. Sin duda me ayudan, pero no les doy la autoridad sobre mi vida porque no los reconozco como «palabra de Dios».

Ahora bien, para los creyentes la Biblia no es sólo un libro hermoso sino «inspirado». Debemos distinguir: no lo es como cuando decimos que un poeta estaba aquel día inspirado y ha compuesto una hermosa poesía. Es «inspirado», aunque algunos textos sean duros, porque Dios quiere comunicarnos un men-

saje de salvación. Nuestra fe nos dice que Dios «se revela», que «se comunica». Una hermosa parábola nos puede ayudar a comprender mejor cómo es Dios, pero los cristianos cuando queremos saber cómo es el Dios de Jesús leemos la parábola del «Buen samaritano».

La Biblia es «palabra de Dios» porque tiene la autoridad de Dios, tiene autoridad para el creyente, porque Dios nos revela su salvación y porque es verdadero. Cuando decimos verdadero decimos que es así («amén»), que podemos atestiguarlo con nuestra vida, que no hay engaño ni segundas intenciones... Porque es palabra de Dios es palabra veraz; pero no confundimos que sea «exacto». Sabemos que no podemos pedir el rigor científico de hoy a textos escritos hace dos mil quinientos, o incluso algunos, tres mil años. La palabra de la Biblia es palabra verdadera porque afecta a lo esencial del hombre y de su misterio, a su salvación.

La historia de la Biblia y mi historia

El mundo occidental siempre se ha caracterizado por descubrir la verdad por medio de la reflexión lógica. Es, sin duda, el gran camino que aporta Occidente. Pero no es el único que nos conduce al centro de la Verdad misma que es Dios. De hecho, la Biblia nos adentra en el misterio de Dios no desde la reflexión filosófica, sino desde la «narración histórica».

Esto es fundamental, pues no se trata de acercarnos a la Biblia con nuestros criterios científicos, pues nos estrellamos. No podemos hacer preguntas que se deben responder «filosóficamente» a la verdad que se nos ha comunicado por medio de una narración. No son contra-





El Señor ordenó a los israelitas que recogiesen la cantidad de maná que necesitaban para cada día. En este plato aparece la gloria del Señor simbolizada en la nube. Cf. Éx 16,9-18.

dicto-
rias, sino
comple-
mentarias.

La «historia» forma parte de la Biblia. Ahora bien, no es la historia tal como la entendemos hoy: datos objetivos contrastados que pueden ser sometidos a análisis sociológicos, económicos, políticos... La Biblia nos cuenta la historia de un Dios, de Yahveh, y cómo se ha ido relacionando con su pueblo, con Israel. El narrador se sirve de personajes y acontecimientos reales (Abrahán y las peregrinaciones patriarcales; Moisés y la liberación de Egipto; David y su reino; la destrucción de Jerusalén y el exilio...). Ésta es la verdad de la Biblia: el pueblo y las personas han hecho un recorrido con Dios y nos lo cuentan.

La gran tradición de la Iglesia siempre ha sido consciente de ello. Con las «verdades de fe» la catequesis iba acompañada de «historias sagradas». Ayudaban a comprender las grandes gestas, a situar los personajes, a tener este sentido de la historia. Sin embargo, hemos descubierto que la Biblia no es interesante porque nos cuente lo que les pasó a «otros», al «pueblo de Dios». La Biblia no es la «ilustración» de una fe. Sino que la Biblia contiene en sí misma la historia de las personas creyentes. Es más que un modelo, es «revelación de Dios».

La Biblia es, por tanto, «historia de la salvación» de Dios. Dicho de otra forma; los cristianos leemos la Biblia no para discutir con los científicos, como si tuviéramos unos conocimientos únicos que

nos ha
dado el
mismo
Dios; los cris-
tianos leemos
la Biblia para des-
cubrir la salvación de
Dios y entrar en ella.

Una de las dificultades que muchas personas encuentran es precisamente que sea la historia de un pueblo, el de Israel que, ni es ejemplar, ni nos toca directamente. Una de las dificultades que encontramos es la pregunta ¿por qué Israel es el pueblo elegido de Dios? Según nuestro esquema se «elige» lo mejor de una serie; o si no es lo mejor, lo que más expectativas crea en nuestra intención. Esto funcionaría si la «elección» tuviera que ver con los méritos presentados o con los deseos a satisfacer. Pero la elección bíblica tiene que ver con el «amor». Según esto, Dios elige a Israel no porque fuera el que más méritos tuviera, ni porque era el que más expectativas de futuro pudiera presentar. Dios lo elige porque «se enamoró de él» (Dt). La fe bíblica no es individualista en el sentido que cada uno debe hacer su recorrido; él solo. La fe bíblica es comunitaria; se hace con los otros. Se hace caminando juntos... se hace como pueblo. Pero se hace también respondiendo a la voz de Dios en el corazón. Cada uno tiene que hacer el camino. No vale pensar «que otros ya lo han hecho». La fe no se hereda, como se hereda el color del pelo o el carácter. La fe se transmite por la palabra y el testimonio; por la palabra se comunica, se ilumina, se anuncia; por el testimonio se hace vida y esperanza.

*Esta es la
verdad de la
Biblia: el
pueblo y las
personas han
hecho un
recorrido con
Dios y nos lo
cuentan.*



«El profeta Jeremías». Marco de Berlinghiero. Miniatura del s. XIII.

Historias humanas-historias divinas

Decimos «mi historia» porque el Dios bíblico no nos cuenta historias inaccesibles a nosotros. No es «historia ficción» de personajes fantásticos a la vez que ajenos. Son historias «reales» de personas que han amado y han pecado; que han creído y que han dado la espalda a Dios.

Pueden ser «historias divinas» por ser profundamente humanas.

Cada uno de nosotros puede verse reflejado en ellas porque las pasiones, las inquietudes, las tentaciones, las virtudes son las mismas.

El pecado que comete David cuando se enamora de una mujer que no es la suya es el pecado de tantos hombres y mujeres hoy; la tentación de pensar que Dios ha desaparecido de la vida del pueblo y que éste está a la deriva—como le pasó a Moisés— es actual hoy. Las búsquedas de Abrahán son las búsquedas del hombre de hoy.

Las historias bíblicas son nuestra historia. No leemos la Biblia para divertirnos, ni para discutir con nadie. Leemos la Biblia con los ojos de la fe para descubrir el paso de Dios hoy por nuestro pueblo y por nuestras vidas sencillas a la vez que importantes.

2. Abrahán: de la búsqueda a la obediencia

La experiencia humana

Con frecuencia nos encontramos con personas inquietas. Inquietas por su futuro porque tienen ambición, o inquietas por las grandes preguntas que una y otra vez vuelven a su vida. Puede ser que esta persona, si es religiosa, busque una palabra en Dios. Pero, ¿qué Dios? ¿Vale con el Dios de los padres? ¿Es suficiente la fe heredada o hay que ponerse en camino? ¿No es mejor conformarse con lo que ya sabemos? ¿Y si en el camino se pierde incluso las pocas seguridades que nos quedan? ¿Hay que fiarse de los otros o hay que rechazarlos? ¿Hay que partir de las seguridades o es mejor no fiarse de nada ni de nadie, el escepticismo absoluto? ¿Juega Dios con nuestros sentimientos?

La experiencia de Abrahán

Abrahán es descrito como alguien que vive en su casa con su familia. Debemos suponer, por tanto, que tiene sus seguridades. Podría llevar su vida sin más complicaciones. Podría seguir la religión de sus padres. Un día escucha una llamada que le dice «*ponte en camino a la tierra que yo te mostraré*» (Gn 12,1). Es lo mismo que decir: desinstálate, muévete, deja tus seguridades y arriégate.

Es más. Parece que Dios se le está riendo, porque las dos promesas son absurdas: a una persona anciana cuya mujer es estéril le dice que va a ser padre de una multitud como las arenas de la playa o las estrellas del cielo. A una familia de itinerantes les promete que les dará una tierra y que la habitarán (Gn 15,1-5; 18; 22,17).

Abrahán puede tener el pecado de la osadía, de la imprudencia... o puede correr el riesgo de la fe. Abrahán se arriesga a pesar de que su mujer, Sara, se le ríe. Abrahán tiene la osadía de albergar en su casa a unos personajes extraños e invitarlos a la mesa; ellos serán los que anunciarán una buena noticia tantas veces esperadas y tantas veces frustradas: va a ser el padre de un niño (Gn 18,10-15). Cuando la promesa de Dios parece que se va a cumplir, Dios parece que se riera de nuevo del pobre y buen Abrahán: quiero que sacrifiques a tu hijo

Abrahán ha pasado a ser modelo del creyente en las tres grandes religiones monoteístas o proféticas



David toca el arpa para animar a sus soldados en la batalla. Federico Ferrario (1700).

(Gn 22). La prueba de que la fe de Abrahán es segura se manifiesta aquí; sabe que Dios no le va a fallar y decide obedecerle. Es obediencia en la fe; no obediencia ciega a un destino cruel, sino a una promesa anterior: «multiplicaré tu descendencia». El «aquí estoy» de Abrahán (Gn 22,11) no es un juego de palabras, sino una actitud de fe confiada a la vez que obediente.

Abrahán, padre en la fe

Abrahán ha pasado a ser modelo del creyente en las tres grandes religiones monoteístas o proféticas. Primero porque creyó «contra toda esperanza» la promesa que le había hecho Dios. Después porque no dudó en hacer lo contrario a lo evidente (sacrificar al hijo de la promesa) sólo porque Dios se lo había pedido. El valor de Abrahán es ponerse en camino; ser un buscador, y dejar sin miedo que le visitase Dios por medio de aquellos desconocidos. El valor de Abrahán es la integridad de su vida y la fe en un Dios personal que se le comunica en la historia, no al margen de la historia. Las personas son mediaciones; unas veces como estorbo (Sara desconfía), otras como don precioso: Isaac.

El recorrido de Abrahán es actual porque ninguno de nosotros puede presumir de no tener que hacer el camino de la fe y de paso la prueba. Cada uno tendrá las suyas; tendrá que dejar sus seguridades (la casa paterna, sus dioses) y correr el riesgo de una fe que no sabes bien adónde te puede llevar. La fe bíblica te llevará a decir «hinnení» (heme aquí) aunque lo digas con los ojos llorosos.

La experiencia de Abrahán es que Dios ni se goza en el sufrimiento ni falla. Su camino es para buscadores, pero buscadores que saben acoger el misterio del más grande.

3. Jeremías: la escucha del Dios incómodo

La experiencia humana

La fe puede ser una alegría, una gozada, una suerte maravillosa... o puede ser fuente de conflictos, de tristezas, de combates internos. Se puede dar gracias por el don de la fe, o se puede protestar a Dios diciendo por qué a mí; por qué yo... ¿Acaso no soy el hazmerreír de la gente? ¿No sería mi vida más feliz si fuera como todos? Ser creyente no es sinónimo de vivir en paz. Es más; muchas veces es sinónimo de vivir en tensión, en contradicciones, en confrontación con personas que hacen mofa y escarnio.

La experiencia de Jeremías

Jeremías ha pasado a la historia por ser un personaje amargado: «lloras más que Jeremías», se dice aún en algunos sitios. En efecto, de él nos han llegado las confesiones (Jer 11,18-12,6; 15,10-21; 17,14-18, 18,18-23; 20,7-18); son, sin duda, sus textos más significativos.

Jeremías es un «hombre de Dios desde el seno materno» (Jer 1,5). No podemos decir, por tanto, que sea un converso, o un trabajador «de la última hora», como dirá la parábola del Evangelio. Jeremías ha recibido la vocación siendo aún un muchacho y la ha aceptado (Jer 1,6).

Las historias bíblicas son historias «reales» de personas que han amado y han pecado; que han creído y que han dado la espalda a Dios.



Jeremías es santificado. Vidriera del s. XIII, París, Sainte-Chapelle.

«...Y Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches». Códice de la Biblia llamada Trivulziana, mitad del s. XIV.



Jeremías es el hombre que sufre por ser fiel a su vocación; por eso grita y protesta y llega incluso a decir que hubiera sido mejor si no hubiera vivido (Jer 20,14-18). Un profeta trágico, sufriente, nada tranquilizador de conciencias.

¿En qué Dios creemos?

El gran riesgo de todos los creyentes es hacernos un Dios según nuestros prejuicios o a nuestra imagen y semejanza. Puede ser que nos construyamos un Dios juez y severo, que no transige con el mal hasta el punto de que está siempre irritado y con mala cara. ¿No será que nosotros somos así y proyectamos en Dios nuestra forma de ver el mundo y a los demás? Puede ser, por el contrario, que nos hagamos a la idea de un Dios bonachón, el abuelete que es cómplice con los nietos frente a los padres y les pasa todo, o un «papa Noel» que va repartiendo regalos y dulces.

El Dios revelado en Jeremías es, sin embargo, un Dios desconcertante y exigente. Por una parte llama: Jeremías se sabe enviado por Dios; por otra le envía a una misión que la vive como fuente de tensión. ¿Puede ser esto así? ¿No será mejor no creer? El Dios de Jeremías es un Dios que no se deja manipular. Jannanías es un falso profeta que dice hablar en nombre de Dios. ¡Tremendo desconcierto! ¿A quién hacer caso? ¿Quién dice la palabra de Dios? ¿El que pronuncia lo que nos gusta o el que dice la verdad aunque no nos guste y nos moleste? El Dios bíblico da la felicidad, da la vida; su palabra es verdadera, pero esto no quiere decir que sea siempre agradable a nuestros oídos o que coincida con nuestras apetencias en cada momento. ¿Cuándo leo la palabra de Dios la siento como interpelante o como droga calmante que me da la razón?

4. Jonás: las convicciones contrariadas

La experiencia humana

Las personas solemos tener unas ideas fundamentales en torno a las cuales organizamos nuestra vida: son nuestros principios. Principios éticos, principios religiosos, principios políticos. En la infancia recibimos de nuestros padres, profesores y entorno social. En la adolescen-

cia decidimos que no valen y que queremos tener los nuestros propios. En la juventud tenemos principios universales y por lo general generosos; en la madurez aparece la sensatez y vamos aquilataando los que moverán el resto de nuestra vida. Por eso mismo, cuando una persona que tiene, más o menos claro lo que piensa y ve que de repente todo se le cae... decimos que se le «caen los palos del sombrero». Contamos con imprevistos, con dificultades, pero no con que se nos venga abajo las columnas sobre las que edificamos nuestra vida.

La durísima experiencia de Jonás

Jonás es una buena persona y un buen judío. Sabe qué agrada a Dios y lo que le contraría. Sabe que Dios es justo, que premia y castiga. Es más, ha recibido de Dios mismo una palabra profética. Por lo cual debería sentirse privilegiado y halagado. Jonás conoce bien la política de su tiempo y ha oído hablar de Nínive, la gran ciudad impía donde abundan los ídolos abominables, donde la gente no respeta los mandamientos de Dios y donde la sangre se derrama por doquier. Nínive está, sin duda, llamada a la destrucción. La palabra de Dios le dice, sin embargo, que tiene que ir a Nínive para que anuncie un castigo venidero, el pueblo tenga tiempo de convertirse y se pueda salvar.

Jonás no sólo no lo entiende, sino que se niega a obedecer: Nínive debe ser destruida. Jonás desobedece y huye; se va justo hacia el oeste, hacia Tarsis, para huir de la misión. Después de muchas peripecias Jonás predica la conversión y Nínive se convierte. Como el hermano mayor de la parábola de Lucas, Jonás se enfada (4,1) y le pide a Dios que le quite la vida porque su soberbia no soporta ver que los pecadores se hayan salvado. Por segunda vez, Dios le corrige. Por medio de una ramita de un árbol donde se había cobijado y que se había secado, el Señor le hace comprender a Jonás dónde está lo importante y dónde lo secundario.

¿Quién corrige a quién?

No es difícil encontrar entre gentes religiosas personas que se atreven a enmendar la plana a Dios. Cuando se insiste en que el Dios Bíblico es un Dios



de amor y de misericordia, no falta quien diga: «Sí, pero antes es justo».

A Dios le salen con frecuencia abogados que lo quieren defender y corrigen otros textos bíblicos. Son como Jonás que se enfada porque Dios es misericordioso y él está convencido de que se ha equivocado. La fe supone no el decirle a Dios cómo tiene que actuar, o cómo debe comportarse en el mundo, sino en abrirse a su acción siempre desconcertante a la vez que iluminadora. El Dios bíblico no permite ser reducido a un ídolo que cogemos y dejamos, que castigamos o premiamos, que engañamos con nuestras mentirijillas y le hacemos ir por donde nosotros queremos. El Dios del Antiguo Testamento se revelará en plenitud en Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios. ■

*¿Quién dice
la palabra
de Dios?
¿El que
pronuncia lo
que nos gusta
o el que dice
la verdad
aunque no nos
guste y nos
moleste?*

PARA UN TRABAJO EN COMÚN

1. Descubrir la Biblia:

- a) **Objetivo:** Plantearnos qué importancia tiene la Biblia para nosotros y qué lugar ocupa en nuestra fe.
- b) **Propuesta de diálogo:**
- ¿Qué libros o revistas leemos con más frecuencia? ¿Uno de ellos es la Biblia?
 - ¿Cuándo y con quién leemos la Biblia? ¿Solos, en familia, en el grupo? ¿Sólo la escuchamos en la liturgia?
 - ¿Cómo nos acercamos a la Biblia? ¿Sólo como un libro interesante o como una palabra de Dios que ilumina y afecta a mi vida?
 - ¿Qué libros son más fáciles de leer del Antiguo y del Nuevo Testamento? ¿Con qué personajes bíblicos me identifico más? ¿Quiénes son más atractivos para mí?
 - ¿Qué dificultades encuentro para leer la Biblia de una forma personalizada, interiorizada?

2. Texto para orar: 1 Re 19, 9-12

- a) Leer el capítulo anterior para situar el texto. Lectura de 1 Re 19,9-12
- b) ¿Por qué huye Elías? ¿Cuál es su imagen de Dios? ¿Hay que defender a Dios?
- c) ¿Cómo y en qué se revela el Dios bíblico? ¿En qué deberíamos cambiar nuestra imagen de Dios?

3. Oración

Háblame, Señor, y entra en mi vida.
Hazme, Señor, pobre de espíritu.
Hiéreme, Señor, en mis entrañas.

Grita a mi oído cuando te evite.
Abre mis ojos cuando me ciegue.
Sosténme cuando tropiece.

Si tú me buscas, que no te rehúya,
si tú te me cruzas, que no te aparte,
si tú me ardes, que no te apague.

Ojalá fuera oyente de tu palabra,
ojalá aprendiera en la escuela de tu Hijo,
ojalá te buscara en el corazón de mis hermanos.

Tu voz resuena en mi vida,
mi historia bien la conoces,
¡Dame la dicha de los hijos!